

Capítulo 1: Las clases de monjes

8 en., 9 may., 8 sept.

¹Es sabido que hay cuatro clases de monjes.

²La primera es la de los cenobitas, esto es, la de aquellos que viven en un monasterio y que militan bajo una regla y un abad.

³La segunda clase es la de los anacoretas o ermitaños, quienes, no en el fervor novicio de la vida religiosa, sino después de una larga probación en el monasterio ⁴aprendieron a pelear contra el diablo, enseñados por la ayuda de muchos. ⁵Bien adiestrados en las filas de sus hermanos para la lucha solitaria del desierto, se sienten ya seguros sin el consuelo de otros, y son capaces de luchar con sólo su mano y su brazo, y con el auxilio de Dios, contra los vicios de la carne y de los pensamientos.

9 en., 10 may., 9 sept.

⁶La tercera, es una pésima clase de monjes: la de los sarabaítas. Éstos no han sido probados como oro en el crisol por regla alguna en el magisterio de la experiencia (cf. *Sb* 3,6; *Pr* 27,21; *Si* 2,5), sino que, blandos como plomo, ⁷guardan en sus obras fidelidad al mundo, y mienten a Dios con su tonsura (cf. *Hch* 5,3-4; *Sal* 80 [81],16). ⁸Viven de dos en dos o de tres en tres, o también solos, sin pastor, reunidos, no en los apriscos del Señor sino en los suyos propios. Su ley es la satisfacción de sus gustos: ⁹llaman santo a lo que se les ocurre o eligen, y consideran ilícito lo que no les gusta.

¹⁰La cuarta clase de monjes es la de los giróvagos, que se pasan la vida viviendo en diferentes provincias, hospedándose tres o cuatro días en distintos monasterios. ¹¹Siempre vagabundos, nunca permanecen estables. Son esclavos de sus deseos y de los placeres de la gula, y peores en todo que los sarabaítas.

¹²De la misérrima vida de todos éstos, es mejor callar que hablar. ¹³Dejándolos, pues, de lado, vamos a organizar, con la ayuda del Señor, el fortísimo linaje de los cenobitas.

“Las enseñanzas de los santos Padres” (RB 73,2)

Primum coenobitarum (RB 1,2)

Orsisio (+ después de 387), Testamento (§ 50)

«El Apóstol nos enseñó que nuestra sociedad y comunión, en la cual estamos unidos, es de Dios, al decirnos: “No olviden las buenas obras y la comunidad de bienes; pues tales ofrendas agradan a Dios (Hb 13,16). Y también leemos en los Hechos de los Apóstoles: “La multitud de los creyentes era un solo corazón y una sola alma, y nadie decía propio a nada, sino que todo era común. Y los apóstoles daban, con gran fortaleza, testimonio de la resurrección del Señor Jesús” (Hch 4,32-33). El salmista concuerda con estas palabras cuando dice: “¡Qué bueno y agradable es que los hermanos habiten juntos!” (Sal 132,1). También nosotros, que vivimos en los cenobios y estamos unidos en la caridad mutua, esforcémonos para que, así como merecimos tener la compañía de los santos padres en esta vida, seamos también en la futura compañeros suyos; sabiendo que la cruz de nuestra vida es el principio de la sabiduría, y que hemos de padecer con Cristo (cf. Rm 8,17), y sepamos que sin tribulaciones y angustias nadie consigue la victoria (cf. Hch 14,22). “Feliz el varón que sufre la prueba, pues una vez probado recibirá el premio de la vida” (St 1,12). Y también: “Se esforzó en el mundo y vivirá eternamente” (Sal 48 [49],9. 10). Si padecemos con Él, seremos glorificados con Él. Y el Apóstol dice: “Considero que los sufrimientos de este tiempo no son comparables con la gloria futura, que se revelará en nosotros” (Rm 8,17-18). Y en otro lugar está escrito: “Creí que ya conocía esto, pero tengo aun el esfuerzo por delante” (Sal 72 [73],16), y otra vez: “Yo no sufrí al seguirte, ni tuve en cuenta el parecer de los hombres” (Jr 17,16). Y en otro lugar dice: “Muchos son los padecimientos de los santos, y de todos ellos los libraré el Señor” (Sal 33 [34],20). Y nuestro Señor dice en el Evangelio: “El que perseverare hasta el fin se salvará” (Mt 10,22), y en otro lugar: “Este es el libro de los mandamientos y ley escrita para siempre. Todos los que la observen, vivirán; los que la desechen, morirán. Vuelve, Jacob, y abrázala; marcha en el esplendor de su luz, y no des tu gloria a otro, ni lo que es tuyo a las gentes extranjeras. ¡Somos felices, Israel, porque lo que agrada a nuestro Dios está en nosotros! Confía, pueblo mío, memorial de Israel” (Ba 4,1-5). E Isaías dice otra vez: “Alégrate, Israel, festejen este día, todos los que lo aman. Alégrense los que confían en él, para que beban y se llenen de su consolación” (Is 66,10-11)».

Orisio, Testamento (§ 12)

«Hermanos muy amados, que siguen la vida y la disciplina del cenobio, manténganse en el propósito que abrazaron y cumplan la obra de Dios. Para que el Padre [Pacomio], que instituyó, el primero, los cenobios, pueda decir al Señor, gozándose en nosotros: “Como les enseñé, viven”. Lo mismo que el Apóstol, cuando estaba todavía entre los hombres, decía: “Los alabo, porque en todo se acordaron de mí, y guardaron mis enseñanzas, como se los dejé establecido” (1 Co 11,2)».

Monachorum quattuor esse genera manifestum est (RB 1,1)

Jerónimo, presbítero (+ 419), Epístola 22, §§ 34 ss. (dirigida a la virgen consagrada Eustaquia, hija de Paula. Año 384)

«Tres géneros de monjes hay en Egipto: los cenobitas, a quienes en la lengua del país llaman *saubes*, y nosotros podemos llamar “los que viven en comunidad”; los anacoretas, que moran solos por los desiertos y reciben su nombre del hecho de retirarse de entre los hombres; el tercer género es el que llaman *remnuoth*, el más

detestable y despreciado, y que en nuestra provincia es el único o el principal. Estos habitan de dos en dos o de tres en tres o poco más, viven a su albedrío y libertad, y del fruto de su trabajo depositan una parte para tener alimentos comunes. Por lo general, habitan en ciudades y villas y, como si fuera tanto el oficio y no la vida, ponen a mayor precio lo que venden. Hay entre ellos frecuentes riñas, pues viviendo de su propia comida no sufren a sujetarse a nadie. Realmente suelen rivalizar en ayunos, y lo que debiera ser secreto lo convierten en competición abierta. Entre ellos todo es afectado; anchas mangas, sandalias mal ajustadas, hábito demasiado basto, frecuentes suspiros, visitas a vírgenes, murmurando contra los clérigos, y, cuando ocurre una fiesta algo más solemne, comen hasta vomitar.

Dejemos a éstos a un lado, como a la peste, y vengamos a los que en número mayor habitan en comunidad, es decir, a los que hemos dicho que se llaman cenobitas. El primer compromiso entre ellos es obedecer a sus superiores y hacer cuanto se les manda. Están divididos por decurias y centurias, de manera que al frente de cada nueve hombres hay un decano y, a su vez, los nueve decanos están bajo las órdenes de un centurión. Viven separados, pero en celdas contiguas. Hasta la hora de nona hay una especie de vacación judicial: nadie puede ir a la celda de otro, excepto los que hemos llamado decanos, que, si ven que alguno fluctúa en sus pensamientos, lo consuelan con sus palabras.

Después de la hora nona se juntan todos, se cantan los salmos, se leen según costumbre las Escrituras y, terminadas las oraciones, se sientan todos, y el que está en medio y ellos llaman padre les comienza a hacer una plática. Mientras él habla reina tal silencio que nadie se atreve a mirar a otro ni a escupir. El reconocimiento hacia el orador consiste en las lágrimas de los oyentes. Calladamente van rodando sus lágrimas por la cara, sin que el dolor rompa nunca en sollozos. Pero tan pronto como toca el reino de Cristo, la bienaventuranza venidera o la gloria futura, allí verías cómo todos, con moderado suspiro y levantando los ojos al cielo, dicen para sí mismos: “¿Quién me diera alas de paloma para volar y posarme?” (*Sal 54 [55],7*).

Después de esto se disuelve la asamblea, y cada decuria, con su padre, se dirige a la mesa, a la que todos sirven sucesivamente por semanas. Durante la comida no se produce ruido alguno, nadie habla mientras come. Se vive de pan, legumbres y hortalizas, que se condimentan con sal y aceite. Vino sólo beben los viejos. A éstos y a los más jóvenes se les pone a menudo un desayuno, a los unos para sostener su edad ya fatigada y a los otros para que no se les quebrante en los mismos comienzos. Después se levantan todos a una y, rezando el himno de acción de gracias, vuelven a sus estancias. Allí, hasta el atardecer, cada uno habla con los suyos y dice: “¿Han visto a fulano, qué abundancia de gracias hay en él, cómo guarda silencio, qué compuesto es en su andar?”. Si ven a alguno débil, lo consuelan; si fervoroso en el amor de Dios, lo exhortan a perseverar en su fervor. Por la noche, fuera de las oraciones comunes, cada uno vela en su aposento; de ahí los superiores rondan las celdas y, aplicando el oído, averiguan con todo cuidado en qué se ocupan. Si dan con alguno algo más perezoso, no le reprenden inmediatamente, sino que, disimulando lo que saben, le visitan más a menudo, y empezando ellos los primeros le convidan a orar sin forzarle.

La tarea del día está fijada, y una vez hecha se entrega al decano, y ésta la lleva al mayordomo, el cual, a su vez, cada mes, rinde cuentas con gran temor al padre de todos. El mayordomo es también el que prueba las comidas una vez preparadas. Y como a nadie es lícito decir: “No tengo túnica ni capa ni jergón de juncos”, él lo dispone todo de manera que nadie tenga que pedir nada ni a nadie le falte nada. Si alguno se pone enfermo, se le traslada a una sala más amplia, donde es atendido por los viejos, con tan solícito cuidado, que no echa de menos las comodidades de la ciudad ni el cariño de la propia madre. Los domingos se dedican exclusivamente a la oración y la lectura. Cosa, por lo demás, que hacen el resto de los días una vez terminadas las

tareas. Cada día aprenden algo de las Escrituras. El ayuno es igual todo el año, excepto la cuaresma, en que se permite mayor rigor. Por Pentecostés, las cenas se convierten en comida de mediodía, a fin de satisfacer la tradición eclesiástica y no cargar el vientre con doble comida. Así describe a los esenios Filón, imitador del estilo platónico, y Josefo, el Livio griego, en la segunda historia de la cautividad judaica.

... Voy a pasar al otro género, a los llamados anacoretas, los cuales, saliendo de los cenobios, se van por los desiertos sin más viático que pan y sal. El iniciador de este género de vida fue Pablo; Antonio lo perfeccionó y, remontándonos más arriba, el primero de todos fue Juan Bautista. Este es el tipo de hombre que describe el profeta Jeremías cuando dice: Bueno es para el hombre soportar el yugo desde su juventud. Que se sienta solitario y silencioso porque tomó sobre sí el yugo. Que tienda las mejillas a quien lo hiere, que se harte de oprobios, pues el Señor no desecha para siempre (*Lm* 3,27,30). En otra ocasión, si lo deseas, te explicaré en detalle los trabajos y manera de vida de estos que, en la carne, no pertenecen a la carne. Ahora vuelvo a mi propósito, pues tratando de la avaricia, me distraje con los monjes. A la vista de sus ejemplos, no digo que despreciarás el oro y la plata y demás riquezas, sino aun la tierra misma y el cielo, y unida con Cristo cantarás: “El Señor es mi herencia” (*Sal* 72 [73],26)».

Juan Casiano (+ 434/35), Conferencias (18,4 ss.)

«4. Existen en Egipto tres géneros de monjes. Dos de ellos son excelentes; el tercero es tibio y debe descartarse en absoluto.

El primero es el de los cenobitas, es decir, los que viven en comunidad, bajo el gobierno y dirección de un anciano. Están extendidos por todo Egipto, y su número es considerable.

El segundo es el de los anacoretas, los cuales, después de haber sido formados en los monasterios de cenobitas y haber llegado a ser perfectos en la vida activa, han preferido el secreto de la soledad. A esta categoría deseamos pertenecer nosotros. El tercero, digno de reprensión, es el de los sarabaítas.

De cada uno de ellos trataremos ampliamente y por orden.

Deben, pues, conocer, ante todo, como hemos indicado, a los fundadores de estas tres profesiones. Pues gracias a este conocimiento podrá nacer en su espíritu la aversión a aquella vida que es preciso evitar y el deseo de la que conviene seguir. Porque cada uno de estos caminos conduce necesariamente al mismo término al que llegó el que fue su iniciador y autor.

5. La vida cenobítica tiene su origen en el tiempo de la predicación apostólica. Tal es la que existía en Jerusalén entre la multitud de los fieles, y que nos describen así los Hechos de los Apóstoles: “La muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común” (*Hch* 4,32). “Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según la necesidad de cada uno” (*Hch* 2,45). “No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad” (*Hch* 4,34-35). Tal era el espectáculo que ofrecía la Iglesia y que hoy día difícilmente nos es dado contemplar, a no ser en un reducido sector, en los monasterios cenobitas.

Pero tras la muerte de los apóstoles, la muchedumbre de los creyentes comenzó a entibiarse, especialmente aquellos que abrazaban la fe de Cristo y procedían de los extranjeros y de tantos pueblos diversos. En atención a su fe, todavía rudimentaria, y a

su paganismo inveterado, sólo se exigía de los gentiles que se abstuvieran de las carnes inmoladas a los ídolos, de sangre y de lo ahogado, y de la fornicación (*Hch* 15,29). Esta libertad que se les concedía por condescendencia a la poca solidez de su fe incipiente no dejó de socavar poco a poco la perfección de la Iglesia de Jerusalén. Al crecer de día en día el número de conversos del judaísmo y de la gentilidad, el fervor de la fe primitiva disminuyó.

Pero no fue solamente la multitud de los que se convertían a la fe de Cristo la que se relajó en su antigua austeridad, sino también los jefes de la Iglesia. Algunos, creyendo que les era lícita la concesión hecha a la debilidad de los gentiles, llegaban a la persuasión de que no implicaba detrimento alguno el guardar sus bienes y fortuna, mientras se confesara a la vez la fe de Cristo.

Aquellos, en cambio, en quienes se mantenía viva la llama de los tiempos apostólicos, fieles siempre a su perfección primera, abandonaron .las ciudades y el consorcio de los que creían lícito para sí y para la Iglesia de Dios una vida relajada. Estableciéndose en los alrededores de las ciudades y en lugares apartados, se pusieron a practicar privadamente y por su propia cuenta las instituciones que habían sido establecidas por los apóstoles para toda la Iglesia.

De esta suerte, merced a estos discípulos que estaban separados del contacto de la gran masa, se formó una observancia particular. Poco a poco, con el correr de los tiempos, se estableció como una categoría separada de los demás fieles. Y como se abstenían del matrimonio y de la compañía de sus padres y del estilo de vida que llevaba la gente del mundo, en razón de esta vida solitaria y sin familia fueran llamados monjes o *monazontes*. Más tarde, al constituirse en comunidades, se les denominó cenobitas, y sus celdas y moradas, cenobios.

Este fue el único género de monjes en los tiempos más antiguos; el primero, en el tiempo y también en la gracia. Se conservó muchos años inviolable hasta la época de los abades Pablo y Antonio. Aún vemos hoy día vestigios de esta vida en los fervientes monasterios de cenobitas.

6. Del número de estos perfectos surgieron los santos anacoretas como flores y frutos de un tallo fecundísimo. San Pablo y san Antonio, a quienes hemos mencionado poco antes, fueron los autores de esta profesión. No fue, como creen algunos, la pusilanimidad ni el vicio de la impaciencia, sino el deseo de un mayor progreso y el gusto de la divina contemplación lo que les indujo a buscar los secretos de la soledad. Si bien -según dicen algunos- el primero se sintió obligado por la necesidad a penetrar en el desierto debido a las asechanzas de sus parientes en tiempos de persecución.

Así, pues, de la primera observancia de que hemos hablado nació otro género de vida perfecta. A sus seguidores se les llamó con razón anacoretas, esto es, hombres de la soledad. No contentos con haber alcanzado sobre el diablo una primera victoria estando entre los hombres, descubriendo los lazos ocultos de sus asechanzas, desean enfrentarse con los demonios, luchando con ellos cara a cara y a pecho descubierto. Se les ve penetrar sin temor alguno en las vastas soledades del yermo. Estos son los imitadores de san Juan Bautista, quien permaneció en el desierto todo el tiempo de su vida, y de Elías y Eliseo, y de todos aquellos de que nos habla el Apóstol: "Anduvieron errantes, cubiertos de zamarra, de pieles de cabra, faltos de todo, atribulados, vejados, de los cuales no era digno el mundo; extraviados por despoblados y montes y cuevas y cavernas de la tierra" (*Hb* 11,37-38). De ellos habla también en sentido figurado el Señor dirigiéndose a Job: "¿Quién al onagro puso en libertad, y quién desató las amarras del asno salvaje? Al cual señalé por casa la estepa y por morada suya la tierra salitrosa. Ríese del estrépito de la ciudad, no oye los gritos del arriero. Explora las montañas como pasto suyo y anda buscando todo lo verde" (*Jb* 39,5-8 [*LXX*]). Y

asimismo en los *Salmos* se dice: “Digan ahora los que han sido redimidos por el Señor, los que han sido redimidos de las manos del enemigo” (*Sal* 106 [107],2). Y un poco más adelante agrega: “Fueron errantes en la soledad, en el yermo, no hallaron habitáculo en el camino de la ciudad, hambrientos y sedientos como estaban. Su ánimo en ellos íbase agotando. y clamaron al Señor en la tribulación y les iheró de sus necesidades” (*Sal* 106 [107],4-6). De ellos habla también Jeremías y los describe así: “Feliz el hombre que toma el yugo desde su adolescencia, se sentará solitario y callará, porque se elevó sobre sí” (*Lm* 3,27-28). Ellos son los que cantan al unísono con el salmista, teniendo los mismos sentimientos y las mismas obras, cuando dicen: “Me he hecho semejante al pelícano del desierto. Vigilé y me hice igual al pájaro solitario en la azotea” (*Sal* 101 [102],7-8).

7. Estas dos profesiones son el honor y la alegría de la religión cristiana. Pero también despaciosamente empezó a infiltrarse en su seno la decadencia. De aquí surgió un género de monjes sumamente detestable e infiel. Mejor dicho, venían a ser el resurgir de aquella semilla funesta enraizada en el corazón de Ananías y Safira en el alborear de la Iglesia, y cortada de raíz por la severidad del apóstol Pedro. Esta enfermedad había sido considerada por los monjes como deleznable y maldita y no había vuelto a producirse en nadie, mientras perduró en la memoria de los fieles el temor de aquella sentencia inexorable. El santo apóstol no había dejado a los fautores de aquel nuevo crimen lugar para el arrepentimiento ni a la satisfacción. Una muerte repentina había cortado el germen fatal. No obstante, poco a poco la negligencia y el tiempo acabaron por borrar de la mente de muchos el recuerdo de aquella mancha por la que Ananías y Safira habían sufrido el castigo de Pedro.

En este momento histórico aparece la nueva raza de los sarabaítas. Se les llamó así debido al término copto que significa que se desconectaban de las comunidades cenobíticas para atender por sí mismos a sus necesidades. Son descendientes en línea recta de los cristianos de que hemos hablado, que sólo buscan lo que es superficial en la perfección evangélica y hacen alarde de ella, sin atender a su profunda realidad. Lo único que desean es rivalizar con la virtud de los héroes que prefieren la perfecta desnudez de Cristo a todas las riquezas, y participar de las alabanzas que les prodigan las gentes.

Pero sea que su espíritu es demasiado pusilánime para una empresa que exige de suyo una fuerza nada común, sea que la sola necesidad les ha inducido a abrazar la profesión monástica, lo cierto es que están tan prestos a respaldarse con el nombre de monjes cuanto poco dispuestos a practicar sus virtudes. No les importa la disciplina cenobítica, ni se someten a la autoridad de los ancianos, ni les interesa aprender de ellos a vencer su voluntad. No reciben ninguna formación regular, ni siguen regla alguna dictada por una sana discreción. Sólo en lo exterior y ante la faz de los hombres han renunciado a sus cosas. Permanecen en sus domicilios particulares, y amparados bajo el privilegio de un nombre un glorioso viven consagrados a las mismas ocupaciones. O también se construyen celdas, a las que dan el nombre de monasterios, para vivir a talante y en completa libertad. Jamás someten cerviz al yugo del Evangelio, que prescribe no debemos andar solícitos por el pan cotidiano, ni inquietamos por los bienes de fortuna. Sólo cumplirán este precepto, sin las vacilaciones e un alma infiel, quienes se desprenden enteramente de los bienes de este mundo y se someten a los superiores de los cenobios hasta llegar a confesar que no son dueños de sí mismos.

No se conducen así los sarabaítas. Inhibiéndose, como hemos dicho, a toda austeridad cenobítica, viven de dos en dos o de tres en tres en celdas, ni desean ser gobernados por el cuidado y autoridad de un abad. Al contrario. Su principal designio es permanecer libres del yugo de los ancianos para mantener su libertad de satisfacer a sus caprichos, de salir y vagar por donde les plazca o de hacer lo que se les antoje. Y es curioso que se da el caso de que llegan a trabajar más que los cenobitas. Porque, no contentos con

pasar el día en el trabajo, consagran a él la noche. Pero, desde luego, no lo hacen con miras a poner en manos de un mayordomo el producto de su labor, sino para ganar más dinero y ponerlo en reserva.

Consideren la diferencia enorme que existe, entre estas dos especies de monjes. Los cenobitas, sin pensar en la necesidad del día siguiente, ofrecen a Dios el fruto de su trabajo como hostia agradable. Los sarabaítas extienden la solicitud de su alma infiel no sólo al día siguiente, sino a la larga sucesión de los años. Creen a Dios mendaz y exento de recursos, cual si no pudiera o no quisiera cumplir su promesa de dar suficientemente el pan cotidiano o el vestido.

Los primeros desean con todas las fuerzas del corazón la desnudez total y la pobreza perpetua; los segundos, la abundancia de todos los bienes materiales. Los unos se esfuerzan a porfía por sobrepujar la medida del trabajo prescrito, y ello para que después de haber subvenido a los santos usos de monasterio, lo restante se distribuya según el parecer del abad a los prisioneros, a los hospicios, para los extranjeros, a los hospitales, a los indigentes. Los otros no tienen otro objetivo que satisfacer con la superfluidad de su gula, la desenfrenada voluptuosidad o la culpable avaricia que les tiranizan.

Finalmente, hemos de admitir que éstos administran con más provecho el dinero que han atesorado con torcida intención, decantándose también en esto de la virtud y perfección de cenobitas. Estos, a la vez que procuran diariamente grandes entradas al monasterio y se desprenden de ellas con gran espíritu de abandono, perseveran, sin embargo, en una profunda sumisión y humildad, por cuanto no tienen libre disposición de sus personas ni de lo que ganan el sudor de su frente. Además, merced a este desprendimiento diario del fruto de su trabajo, renuevan sin cesar el fervor de su primera renuncia. Aquellos, en cambio, se engríen por lo mismo que dan con largueza a los pobres, y día tras día se precipitan más y más en su perdición. La paciencia y la fidelidad rigurosa con que aquellos perseveran fervorosamente en la profesión que abrazaron un día, como que nunca dan satisfacción a sus voluntades, los convierte de continuo en crucificados para este mundo y en mártires vivientes. La tibieza y el capricho de los segundos los sumerge en el infierno.

En esta provincia, los dos primeros géneros de monjes se mantienen, en cuanto al número, a un nivel más o menos parejo. En cambio, en las otras provincias que he tenido que recorrer para subvenir a las necesidades de la fe católica, el tercer género, esto es el de los sarabaítas, abunda de tal suerte que vive a sus anchas casi solo. En tiempo de Lucio, obispo que se había entregado a la perfidia arriana, bajo el gobierno de Valente, tuve que llevar el fruto de una colecta a nuestros hermanos, que habían sido relegados desde Egipto y la Tebaida a las minas del Ponto y de Armenia por su fidelidad a la fe católica. Pude advertir en algunas poblaciones aspectos muy raros de vida cenobítica. Referente a los anacoretas, no creo hubieran jamás oído mentar siquiera el nombre.

8. Existe aún un cuarto género de monjes, que vimos aparecer poco después. Son aquellos que se jactan de una mera apariencia, de una vana imagen de la vida anacorética.

En sus principios, su fervor en el monasterio hacía sospechar que deseaban verdaderamente la perfección de la disciplina cenobítica. Pero eso duró poco. Bien pronto cayeron en la tibieza. No quisieron a ningún precio cortar los hábitos y los vicios de otro tiempo, y no pudiendo sostener el yugo de la humildad y de la paciencia, rehusando someterse al mandato de los ancianos, se construyeron celdas separadas con ánimo de vivir en ellas solitarios. Así, al no ser molestados por nadie, podrían creer los hombres que eran pacientes, afables y humildes.

Pero esta profesión nueva o, por mejor decir, esta vida de tibieza, no permite nunca a los que se han dejado inficionar por ella llegar a la perfección. De esta suerte, sus vicios no sólo no se arrancarán, sino que irán de mal en peor, por el hecho de que nadie los excita. Como un virus interior y mortal, se va hendiendo tanto más profundamente en el alma cuanto más oculto se encuentra, y acaba por engendrar un mal incurable. Por reverencia a la celda monástica nadie se atreve a acusar al solitario de los vicios que él mismo quiso más bien ignorar que curar. No obstante, la virtud no se adquiere disimulando el vicio, sino superándolo. (...)

10. Aun cuando muchos usan indiferentemente la palabra monasterio por cenobio, existe no obstante una diferencia. Monasterio es nombre propiamente de morada, significativo del lugar o habitación de los monjes; en cambio, cenobio designa además el género y la disciplina de la profesión monástica. Monasterio puede ser también la habitación de un solo monje, y cenobio no puede llamarse sino el lugar donde viven conjuntamente varios de ellos. Se dicen también monasterios las moradas en donde viven las comunidades de los sarabaitas».

... Secundum genus est anachoritarum... (RB 1,3)

San Basilio de Cesarea (+ 379), Epístola 2 (§ 2). Dirigida a san Gregorio de Nacianzo

Aquel que todavía no está comprometido por los vínculos del matrimonio, furiosos deseos, instintos desenfrenados y algunos amores apasionados lo perturban. A aquel ya atado por la unión conyugal, un tumulto de preocupaciones de otra especie lo espera: si no tiene niños, desea tener niños; si tiene niños, son las preocupaciones por su educación, la vigilancia de la mujer, la atención de la casa, la dirección de los sirvientes, los perjuicios en los contratos, los conflictos con los vecinos, las luchas en los tribunales, los riesgos del comercio, las fatigas de la agricultura. Cada día llega con su obscurecimiento particular para el alma (cf. *Mt 6,34b*), y las noches recibiendo las preocupaciones del día engañan al espíritu con las mismas imágenes. Hay un solo medio de huir de esos males: la separación del mundo todo.

Separarse del mundo no es salir corporalmente de él, sino romper la simpatía entre el alma y el cuerpo, y devenir sin ciudad, sin casa, sin nada propio, sin amigos exclusivos, sin posesiones, sin medios de vida, sin negocios, sin vida social, ignorante de las enseñanzas humanas, dispuesto a recibir de corazón las marcas que producen las enseñanzas divinas.

Pero la preparación del corazón es el olvido de las enseñanzas que se habían establecido en él por los malos hábitos. En efecto, no se puede escribir en la cara si antes no se borran los caracteres que estaban impresos; y no se transmiten al alma las enseñanzas divinas si no se borran las ideas que los hábitos habían establecido. Para esa tarea la soledad nos ofrece un provecho muy grande, adormeciendo nuestras pasiones (cf. *Sal 45 [46],11*) y dejando a la razón (*logos*) la ocupación de arrancarlas completamente del alma. Como los animales salvajes son fácilmente conquistados si se los acaricia, así también los deseos, las iras, los miedos y las penas, esos animales venenosos y malos del alma, si se los duerme en la tranquilidad del alma y no se los exaspera por la excitación continua, se hacen fáciles de vencer por la fuerza de la razón.

Sea, entonces, el lugar de tal cualidad como lo es el nuestro: apartado del trato frecuente con los hombres, de modo que nada de afuera interrumpa la continuidad de la ascesis. El ejercicio de piedad alimenta el alma con pensamientos divinos. ¿Qué, pues, de más feliz que imitar en la tierra el coro de los ángeles: apenas comenzado el día levantarse para la oración y glorificar al Creador con himnos y cantos

(cf. *Ef* 5,19), después -cuando el sol brilla con su clara luz- comenzar el trabajo, en todas partes acompañado de la oración y con la sal de los himnos condimentar, por así decirlo, las ocupaciones? Establecer en el alma la alegría y la falta de aflicciones: es la gracia que procuran los consuelos de los himnos. La tranquilidad (*hesychia*) es el principio de la purificación para el alma, y la lengua no habla de las cosas de los hombres, y los ojos no se pasean por todas partes para ver los bellos colores y las proporciones de los cuerpos, y el oído no debilita el vigor del alma por la audición de las melodías compuestas para el placer, ni por las palabras de los hombres burlones y chistosos: lo que más provoca la disolución del vigor del alma.

El espíritu, pues, que no se dispersa en lo exterior y que no se difumina en el mundo de los sentidos, vuelve a sí mismo al pensamiento de Dios. Y entonces, brillante y resplandeciente de belleza divina encuentra el olvido de su naturaleza; ni la preocupación por los alimentos, ni la inquietud por los vestidos distraen el alma, mas como ha puesto a un lado las preocupaciones terrenas, traslada toda su diligencia hacia la adquisición de los bienes eternos. ¿Cómo conducirá bien la templanza y la fortaleza? ¿Cómo la justicia y la prudencia, como así también las demás virtudes, que se especifican bajo estas categorías generales y que le muestran al hombre cómo cumplir en cada acto de la vida lo conveniente?

San Jerónimo, Epístola 125 (§ 9). Año 411, dirigida al monje Rústico

“Lo primero que hay que examinar es si debes vivir solo o con otros en un monasterio. Mi parecer es que vivas en compañía de santos y no quieras enseñarte a ti mismo entrando sin maestro por un camino en el que nunca habías entrado. Te desvarías en seguida al lado contrario y te expondrías al error de andar más, o quizá menos, de lo necesario, a cansarte si corres o a dormirte si te paras. En la soledad, pronto se desliza la soberbia; y si se ayuna un poco y no se ve persona alguna, ya se imagina uno ser alguien; y olvidándose de sí mismo, de dónde vino y a dónde va, recogido corporalmente, sin embargo, con su lengua divaga libremente. Juzga, contra el deseo del Apóstol (cf. *Rm* 14,4), de los siervos ajenos; todo lo que pide la gula lo alcanza la mano, duerme todo el tiempo que quiere, hace lo que le viene en gana, no respeta a nadie, a todos los tiene por inferiores a sí mismo, está con más frecuencia en las ciudades que en su celda; entre sus hermanos simula modestia el mismo que es apretujado por la gente de las plazas. ¿Entonces qué? ¿Repruebo la vida solitaria? De ninguna manera; pues yo mismo la he alabado. Pero quisiera que de la palestra de los monasterios salieran soldados a quienes no hayan asustado los rudimentos; que hayan dado prueba de su propósito durante mucho tiempo; que se hayan hecho los más insignificantes de todos para merecer ser los primeros; a quienes ni el hambre ni la hartura hayan vencido nunca; que se alegren con la pobreza; que su actitud, su manera de hablar, de mirar y de andar sean enseñanza viva de las virtudes; que no finjan cosas extrañas de demonios en lucha contra ellos, como lo hacen ciertos farsantes que se proponen a sí mismos ante los ignorantes y la gente del vulgo como verdaderos milagros, para conseguir ganancias con ello”.

Juan Casiano, Instituciones (VIII,18)

“Conviene que el desierto sea buscado solo por los perfectos y limpios de todo vicio, quienes, habiéndose purificado de los defectos por medio de la convivencia con los hermanos, no lo busquen como un refugio a su pusilanimidad, sino por el deseo de acceder a la contemplación divina y a una visión más alta, que tan solo en la soledad pueden alcanzar los perfectos. Pues todos los vicios que llevemos al desierto sin haberlos corregido, los percibiremos ocultos dentro de nosotros, pero no superados. Porque, una vez que están corregidos los vicios, la soledad nos descubre la purísima contemplación y nos revela con una visión muy clara el conocimiento de los misterios espirituales; en

cambio a los que no se han corregido, la soledad no sólo les conserva los vicios, sino que más bien se los desarrolla¹.

Uno se cree humilde y paciente mientras no se relaciona con nadie, pero muy pronto volverá a su primitiva manera de ser, cuando con ocasión de cualquier contrariedad se perturbe. Entonces rápidamente salen a la superficie todos los vicios ocultos y, como caballos desbocados, más recios después del prolongado descanso, a porfía se precipitan desde sus vallas, con una violencia y ferocidad que causan daño a su jinete. Al cesar el ejercicio y el trato frecuente de las relaciones humanas, nuestros vicios aparecen más en nosotros, a no ser que hayan sido purificados antes, y perdemos por la inercia de la seguridad esa sombra de paciencia que creíamos tener al vivir entre los hermanos, al menos porque les tributábamos respeto y cuidábamos de nuestra buena reputación”.

... *Coenabitarum fortissimus genus (RB 1,13)*

San Basilio de Cesarea, Regla (versión latina de Rufino: Cuestión 3)

Pregunta: Puesto que tu palabra nos demuestra que es peligroso convivir con los que desprecian los mandamientos, ahora queremos aprender si es necesario que quien se ha apartado de tal compañía viva separado y solitario, o si debe juntarse con hermano que tienen el mismo propósito y los mismos ideales.

Respuesta: 1 Considero por muchas razones que es útil llevar vida en común con los que tienen la misma voluntad y el mismo propósito, 2 en primer lugar, porque también para las necesidades materiales y el servicio de los alimentos ninguno de nosotros se basta solo, a sí mismo, y por tanto en lo que se refiere a los servicios mutuos que son indispensables en nuestra vida necesitamos unos de otros para nuestros trabajos. 3 Así como el pie del hombre en ciertos casos utiliza sus propias fuerzas, y en cambio en otros necesita las ajenas, y sin la ayuda de los otros miembros no puede cumplir su obra ni bastarse con sus propias fuerzas, 4 así también me parece que en la vida solitaria se padece (el hecho) de que ni lo que hay en ella puede ser útil (a otros), ni puede adquirirse (de otros) lo que falta. 5 Además el orden de la caridad no permite a nadie buscar su propio interés, como dice el Apóstol: *La caridad no busca su propio interés.*

6 Finalmente, nadie puede discernir con facilidad sus culpas y vicios, pues no hay quien se los reproche; 7 con facilidad le puede suceder a este hombre lo que está escrito: Pobre del que está solo pues si cae, no hay nadie que la ayude a levantarse. 8 Pero también los mandamientos se cumplen más fácilmente entre muchos, en cambio el que está solo, cuando parece que cumple (un mandamiento no puede cumplir otro: piensa, por ejemplo, ¿cómo visitará a un enfermo quien está solo?, ¿o cómo recibirá a un peregrino? 9 Si verdaderamente todos somos el cuerpo de Cristo, y somos los uno miembros de los otros, debemos adaptarnos y unirnos los unos a los otros por un trabajo armónico, en el Espíritu Santo, como en un solo cuerpo. 10 Pero si cada uno de nosotros eligiera la vida solitaria, no por una causa o un motivo agradables a Dios o que congregase a todos en una común generosidad, sino para satisfacer las propias voluntades y pasiones, 11 ¿cómo podremos, separados y divididos, alcanzar la recíproca concordia de los miembros? 12 Este tal no se alegra con los que se alegran, ni llora con los que lloran, ya que, separado y dividido de los demás, ni siquiera podrá conocer, las necesidades de sus prójimos.

13 Es imposible que uno solo pueda recibir todos los dones del Espíritu Santo, ya que la distribución de los dones espirituales se hace según la medida de la fe de cada uno, 14 de modo que lo que se distribuye parcialmente a cada uno, se una de nuevo y coopere, como

¹ La *Conferencia XIX* desarrollará más ampliamente este tema: el monje no puede vivir como anacoreta sino hasta que se haya purificado totalmente de sus vicios.

miembros, a la edificación de un único cuerpo. 15 A uno se le dan palabras de sabiduría, a otro palabras de ciencia, a otro de fe, a otro la profecía, a otro el don de curación, y lo que sigue: todos estos dones cada uno los recibe del Espíritu Santo, no tanto para sí cuanto para los otros. 16 Por eso es necesario que la gracia que cada uno recibió del Espíritu de Dios sea de provecho para todos. 17 Puede suceder que quien vive alejado y separado reciba alguna gracia, y esto mismo le será inútil porque no la hace producir, sino que la entierra en sí mismo. 18 Y cuán peligroso sea hacer esto lo saben todos los que han leído el Evangelio. 19 Por el contrario, si comunica la gracia recibida a los demás, mientras él la aprovecha verdaderamente -y ella se multiplica en él al comunicarla a las demás- él mismo saca beneficio de la gracia de los otros. 20 Esta vida en común de los cristianos tiene además muchísimos otros beneficios, que no es posible ahora enumerarlos a todos. 21 Por de pronto, como ya dijimos, es más favorable vivir en comunidad que vivir en soledad para conservar los dones del Espíritu Santo. 22 Pero también contra las insidias del enemigo provenientes del exterior es mucho más segura y útil la compañía de muchos, 23 para que más fácilmente despierte del sueño quien tal vez se hubiese adormecido con aquel sueño que conduce a la muerte. 24 Asimismo su delito le será más patente al delincuente al serle echado en cara o reprochado por muchos, según lo que dice el Apóstol: Bástele a ése que así (actúa) la corrección hecha por varios. 25 Pero también se deriva por la oración de muchos no poco provecho cuando oran unánimes y en concordia, de modo que muchos den gracias a Dios en virtud de la gracia que hay en nosotros.

26 La vida solitaria, en cambio, está expuesta a un peligro intrínseco: el primer peligro, que ciertamente es gravísimo, consiste en la autocomplacencia, y no teniendo a nadie que pueda juzgar su obra, le parecerá que (ya) ha llegado a la perfección máxima; 27 entonces, viviendo sin ninguna observancia, no caerá en la cuenta de cuál es su vicio principal ni en qué cosas falta a la virtud: 28 tampoco podrá juzgar acerca de la cualidad de sus obras, pues ha eliminado toda ocasión de poner (las virtudes) por obra. 29 ¿Cómo comprobará su humildad, si no tiene a nadie con quien mostrarse humilde? ¿Cómo demostrará su misericordia el que es ajeno a toda compañía y convivencia? 30 ¿Cómo se ejercitará a sí mismo en la paciencia si no tiene a nadie que ponga obstáculos a sus voluntades? 31 Y si alguno dijera que le basta la doctrina de la Escritura y los preceptos de los Apóstoles para la enmienda de sus costumbres y para la formación (espiritual) de (su) vida, 32 me parece que hace algo semejante a los que siempre están aprendiendo el oficio de fabricar, pero nunca fabrican nada: 33 o bien a los que siempre son instruidos en el arte de los constructores, pero nunca se dedicarán a construir una casa. 34 Tampoco el Señor estimó que le bastaba la sola doctrina de la palabra, sino que quiso darnos ejemplos de humildad también con las obras mismas, cuando ceñido con una toalla lavó los pies a sus discípulos. 35 Tú, pues, ¿a quién lavarás los pies?, ¿a quién prestarás tus servicios?, ¿de quién serás súbdito y (cómo podrás ser) el último si vives solo? 36 ¿Y cómo se cumplirá en una vida solitaria aquella palabra que dice: *(Es) bueno y dulce que los hermanos vivan unidos* que el Espíritu Santo comparó con el unguento del pontífice, que desciende de la cabeza a la barba? 37 Ciertamente hay un estadio en el cual se avanza por el ejercicio de las virtudes, en el cual brilla y resplandece siempre más la meditación de los mandamientos divinos y éste es la convivencia en común de los hermanos que habitan unánimes entre sí, 38 a ejemplo y semejanza de lo que en los hechos de los Apóstoles narra la Escritura divina sobre los santos diciendo: 39 Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común.

*Consultaciones de Zaqueo y Apolonio. Diálogo entre un pagano y un cristiano (libro III)*²

3. Cuáles son las reglas de los monjes y por qué son detestados por muchos

Apolonio: Los deseos expresados en estas preguntas han sido suficientemente satisfechos y así fueron claros los méritos de la verdadera perfección³ de modo que se ha deslizado en mi alma un fervor ardiente de experimentar y de apartar en la vida presente toda ocasión de pecar. Expón ahora, entonces, qué es una comunidad de monjes, cuál es su modo de vida o por qué motivo aun los nuestros los consideran dignos de ser aborrecidos. Ciertamente si persiguen bienes honestos y no se apartan de la unidad de la fe, deben ser más imitados que evitados porque, según mi criterio, a los ojos de Dios es un mismo crimen y un mismo pecado aborrecer a los buenos y no evitar a los perversos dado que de ninguna manera puede ocurrir que quien ama a los malos elija ser bueno o a la inversa, que no sea llevado por los agujones de la malicia aquél que, aunque muestre una apariencia de bondad, sea en verdad aquello que, injustamente, se detesta en los demás.

Zaqueo: En tu justa apreciación estimas que quienes persiguen este propósito y esta clase de vida no deben estar en la mira del odio de los fieles, no sea que por un juicio poco seguro de la mente, se incurra en injuriar a los buenos como si fueran malos, según está escrito: *Quienes odian a los justos, pecan (Sal 33 [34],22) y: ¡Ay los que llaman bueno al malo y malo al bueno! (Is 5,20)*. En efecto, muchas son las formas de esta observancia y bajo el único nombre propuesto para esta forma de vida hay diferentes clases de monjes, pero todas se explican, como se reconoce en todos los órdenes de la vida, porque por la variedad de los modos de ser hay también diversidad de intenciones. De allí que su profesión sea santa e irreprochable. Pero algunos, bajo el velo de esta clase de vida cometen actos dignos de odio y, aunque éstos sean acusados de diferentes culpas, con todo se apartan en general de lo que han profesado. Pues entre los que se extravían, aquéllos cuya alma se extravía más, simulan abstinencia y continencia por poco tiempo y pronto se insinúan los deseos de una peligrosa familiaridad; y burlándose con vanas expresiones de las mujeres que han atrapado, las arrastran a la práctica de su miserable deseo mientras, o bien ansían beneficios materiales y buscan por doquier las sucias ganancias de su codicia, o bien vencen a las sometidas con engaños y las desvían del propósito de una piadosa castidad. Por otra parte otros comienzan siendo fieles y fervorosos y se esfuerzan en el servicio de la justicia⁴. Muy pronto, habiendo entrado a esta vida de manera poco reflexiva no llegan hasta el fin en su propósito y desisten en los comienzos, o se ablandan agredidos por las persuasiones de los que recelan de ellos o los detractan y se alejan del rigor de la regla. Entonces acostumbrados a una mayor indulgencia vuelven a todas las tentaciones corporales y anulando su primer compromiso⁵, elogian la manera común de vivir denunciando la realización del primer propósito como muy duro. De allí comprendes que no es a partir de ellos o de algunos que se les parecen que ha de condenarse de antemano la integridad de esta empresa perdurable o que ha de disminuirse la gloria y la reverencia de los que de manera sublime se consagran a este esfuerzo tan santo, puesto que, como se dijo, reprueba más a la persona que al orden monacal y no puede desdeñarse, con justicia, en razón de algunos, aquello que con magnanimidad es observado por muchos.

² Edición en la colección *Sources Chrétiennes*, n° 402, Paris, Eds. du Cerf, 1994, pp. 176 ss. La obra, de autor desconocido, fue compuesta en torno a los años 405-410. Trad. castellana en curso de publicación en *Cuadernos Monásticos*.

³ El autor habla de la vida ascética.

⁴ Cf. *Rm* 6,19.

⁵ Cf. *1 Tm* 5,12.

Ahora bien, quienes cumplen realmente las normas de esta profesión son aquéllos que, como se dijo, separados completamente de los vínculos con el mundo, se dedican a la práctica de las mismas y, esperando alcanzar totalmente lo prometido, se empeñan en cumplir todas las exigencias. Pero incluso la diferencia entre la observancia de unos y otros no es poca y, aunque todos deseen en su corazón merecer la gloria de los bienes futuros, algunos sin embargo, se dedican a lo más elevado y otros a lo intermedio.

Hay algunos que, por así decirlo, en el último nivel de esta clase de vida, se contentan con un cumplimiento mínimo y viven sólo como célibes. O desdeñan el matrimonio por no haber tenido nunca experiencia del mismo o por tener el recuerdo de sus cónyuges ya muertos, si tuvieron un primer matrimonio, evitan un segundo, en tanto que a los desprevénidos les ocurre alguna de estas dos cosas: o no encuentran en el segundo aquello que perdieron en el primero o, a la inversa, padecen en el siguiente eso de lo que carecieron en el que terminó. Aquéllos, digo, participan de la manera común de vivir y no buscan lugares retirados conservando la costumbre de esta vida, de manera que, aun si pueden no cometer delitos, sin embargo se acercan a las ocasiones de cometerlos, mientras con mucha dificultad llevan a cabo grandes cosas por la ley del cuerpo que los atrae a lo opuesto, porque pueden ver el mal y sin embargo no quererlo. Éstos no tienen hábitos deshonorosos ni abyectos y, o bien su comida y su bebida son las mismas que las comunes a todos, o bien rara vez incluso se abstienen y se retraen de pocas cosas. Asimismo no sienten un celo ardiente por la fuerza de la salmodia y no interrumpen el reposo nocturno por ninguna vigilia, poniendo a disposición de la pobreza de los mendigos recursos no abundantes sino razonables. Su fe es cálida pero no ferviente y su mente religiosa no está enteramente dedicada a la religión.

Ahora bien la costumbre de los mejores consiste en primer lugar en habitar en lugares más retirados, aun si viven en ciudades y como no se jactan de su modo de vida, con todo tienen como pecado querer renunciar al lugar por las exhortaciones de otros. Empero sólo hay un lugar para la reunión de todos, aunque residan en un lugar diferente. Su vestido es pobre y su comida, poco apetitosa. Tampoco interesa con qué bebidas calman principalmente su sed o poco importa que ésta sea saciada con una pobre bebida mientras alejen su placer de beber y eliminen los apremios de la necesidad corporal. Por otra parte se dedican repetidamente a su intención de salmodiar y la devoción por alabar a Dios es distribuida en los oficios en horarios determinados. El esfuerzo del ayuno constante llega hasta la tarde y cada uno, según eso que sabe, realiza su obra diaria. Aquello que alguien tiene a su disposición no le pertenece y aquello que le falta, les falta a todos. Por eso para todos es execrable la pereza y no es oportuno el alimento si no proviene del trabajo esforzado. Por otra parte el jergón de los lechos es de juncos y al dormir les está permitido cubrir el cuerpo con unas pocas cobijas. También en la noche están fijados los momentos de súplica y estipulados los de vigilia. Además siempre se levantan cuando amanece, y el momento de la pálida aurora los encuentra siempre activos y resueltos, y la devoción matutina los impulsa a las alabanzas que han de ofrecer a Dios.

Empero aquéllos que están en el primer grado de observancia habitan solos en lugares yermos y áridos del desierto y llamados por sus nombres verdaderos pasan el tiempo de su vida en soledad. Protegiéndose del sol y de las lluvias habitan en cavernas pedregosas o en cuevas subterráneas, se alimentan de pan duro sin ninguna otra comida, tomando la bebida pura de las fuentes. Sus vestidos son de pieles o telas ásperas y lo habitual en su vida consiste en la lucha entre la mente y el cuerpo. Verdaderamente elevan preces incesantes a Dios y la súplica hace las veces de sacrificio o, si alguna vez la oración cesa, la alabanza divina es cantada por la salmodia y el denuedo de su mente es encendido en la práctica de la alegría religiosa.

Además una variada turba de demonios merodea entre ellos y con frecuencia la constancia siempre vencedora lucha contra los ardides de los espíritus inmundos. Ayunan con asiduidad y pasan las noches en vela y sus pobres cuerpos, sin lechos donde reposar, se acuestan sobre la tierra o, tendidos por un momento sobre las piedras, se endurecen a fin de que el sueño no se introduzca en este breve momento penoso, sino que pueda ser rechazado.

Ésta es la diversidad de monjes y tal es la disciplina celestial de los que viven espiritualmente se practica en la tierra. Empero, todos asumen el voto de morir en nombre de Dios y todos desean la grandeza de una muerte santa, dado que en el mundo ninguna injuria se equipara con esa muerte. Esto es lo que debe ser recompensado con el honor más elevado y habrá de permanecer sin cambio alguno en el transcurso de los tiempos.

4. Si los monjes fieles hacen todo esto por disposición divina

Apolonio: Grande es el renombre de estas virtudes y gloriosa la dedicación de los que están al servicio de la voluntad de Dios o de sus alabanzas, porque por estas obras se evitan las perniciosas seducciones de esta vida, y se buscan por doquier los premios de la beatitud eterna. Sin embargo muéstrame, según lo dispone la instrucción emprendida, que cada una de las obras de las que antes hablaste fueron realizadas por monjes fieles y surgen de una exigencia a la que fueron invitados por Dios. Sin lugar a duda, es claro que sus obras tienen dudosa importancia si no surgen de la autoridad de aquél del cual se cree que se reciben las recompensas.

Zaqueo: Por de pronto los monjes tienen un motivo especial para recurrir a lugares retirados a fin de que, como dije, eviten incluso la ocasión de pecar y para que su voluntad honesta en sus intenciones no pueda producir otra clase de actos, y finalmente para que ninguna tentación del mundo los quebrante al tiempo que emprenden una guerra contra el siglo. En efecto, una fe ferviente en el Espíritu es enemiga de los asuntos del mundo, como lo expresa Juan en su epístola: *No amen el mundo ni lo que está en el mundo. Si alguien ama el mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que está en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición del siglo (1 Jn 2,15-16)*. Lo mismo dice Santiago: *¿Ignoran, hermanos, que la amistad de este mundo es enemiga de Dios? Cualquiera que quisiera ser amigo de este siglo se constituye en enemigo de Dios (St 4,4)*.

Por otra parte la humildad del vestido y el continuo esfuerzo de los ayunos serán agradables a Dios, según lo señala especialmente David: *Yo mismo cuando me eran molestos, me revestía del cilicio y en el ayuno humillaba mi alma (Sal 34 [35],13)*. Más aun: *Elegí el cilicio como vestimenta (Sal 68 [69],12)*. Y también: *Mezclaba mi pan con ceniza y atemperaba mi bebida con lágrimas (Sal 101 [102],10)*. Y el Señor elogiando el hábito que vestía Juan dice: *¿Qué fueron a ver en el desierto? ¿Un hombre revestido con ropa refinada? He aquí que los que se visten con ropas elegantes están en los palacios de los reyes (Mt 11,8)*. Este pasaje indica que un hábito refinado se encontrará allí donde también la práctica de placeres voluptuosos será profusa. En efecto, el vestido de Juan era de pelos de camello, es decir, era un hábito que carecía de la suavidad de la lana. Él lo ceñía claramente con una faja de piel y no bebía ni vino ni bebida fermentada alguna, comía langostas y miel silvestre⁶. No buscaba la abundancia de banquetes exquisitos y bien elaborados y sólo usaba lo que no traía ostentación a la vida que había elegido y que no ocasionaba gasto alguno. A Elías, que iba a emprender un largo camino por orden de Dios, le fue dado por el ángel solo agua y pan común⁷. Y

⁶ Cf. Mt 3,4.

⁷ Cf. I R 19,5-6.

Daniel, a fin de alcanzar la realización de sus deseos⁸, no quiso disfrutar del vino ni del alimento de sus deseos. Por último el Señor mismo venció al diablo por el ayuno y la humildad, según dice el Apóstol: *Se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo (Flp 2,7), para que nosotros nos hagamos ricos por su pobreza (2 Co 8,9), y seamos salvados por sus sufrimientos (1 P 2,24)*. Sin embargo Pablo como quisiera gobernar en el mismo Señor la Iglesia sacada de los paganos, predicó también la abstinencia con estas palabras: *Es bueno no comer carne y no beber vino (Rm 14,21), en el que hay voluptuosidad (Ef 5,18)*. Es decir, que la mente que se ha hecho humilde⁹ piense más en Dios y que sometida la carne la aleje tanto del desenfreno como de los dispendios, cuya búsqueda nos preocupa y cuyo gasto nos perturba, porque si bien hemos tendido sobretodo al reino de Dios, aquella palabra de la Escritura no dejará de proveernos lo necesario: *No se inquieten sobre qué han de comer o beber o qué vestirán porque esto lo reclaman los paganos (Mt 6,31-32), o sea aquéllos cuyo Dios es el vientre (Flp 3,19)* y toda su esperanza está en su garganta, para los que su única y principal preocupación es comer y beber a la manera de los animales. El Señor confirmó la confianza en lo dicho por medio de este ejemplo: *Miren los pájaros del cielo, no aran, no siembran, no guardan en graneros y su padre celestial los alimenta (Mt 6,26)*. Así sea también en ustedes, hombres de poca fe (Mt 6,30). *Su Padre sabe que necesitan todas estas cosas. Busquen primero el reino de Dios y todas estas cosas les serán dadas por añadidura (Mt 6,32-33)*. Es decir, serán dadas aun a los que no lo piensan. De allí que el Apóstol declara que para poder poseer todas las cosas nada debe poseerse con preocupación: *Como no teniendo nada y poseyéndolo todo (2 Co 6,10)*. Comprendes que los que poseen todas las cosas son los que han menospreciado todo y que, a juicio de los insensatos, son considerados pobres los que son ricos en la promesa de Dios y menosprecian los bienes pequeños de esta vida temporal para merecer eternamente los grandes bienes y que en este mundo están satisfechos de ser privados de los bienes, bienes que acumulados por otros son obtenidos a través de toda su existencia con riesgo de su vida y honestidad. ¿Para qué los acumulan? Pues o pronto desaparecen cuando todavía ellos mismos viven en este mundo, o algún día serán abandonados pues habrán de desaparecer junto con el mundo para los que se van de este mundo.

⁸ Cf. *Dn* 9,3.

⁹ Cf. *Sal* 50 [51],19.

Comentario al capítulo primero

El título de este capítulo fácilmente puede inducir al lector a considerarlo desde un ángulo errado. Lo que propone la RB no es el tratamiento de los diversos géneros de monjes, sino la delimitación de la *Regla*: a quienes ella va dirigida. Benito escribe para los cenobitas, y aclara enseguida que éstos son los que viven en monasterios (más exacto habría sido que hubiera dicho que viven en comunidad), militando (sirviendo) bajo una regla y un abad (nota de obediencia que marcará todos los capítulos subsiguientes). Los versículos 2 y 13 son, pues, los más importantes de este capítulo, escrito para indicar quiénes son los destinatarios de la Regla de san Benito.

La caracterización de los otros géneros de monjes tiene la clara finalidad de poner de relieve qué *no son* los cenobitas.

Es una presentación que se inspira en esquematizaciones precedentes, tanto de Casiano y Jerónimo como también de la *Regla del Maestro* sobre todo. Pero la RB simplifica aún más estas descripciones y cae en un cierto anacronismo. Ello aparece con nitidez en la misma alabanza de los eremitas (vv. 3-5). La historia del monacato primitivo, y la misma vida de Benito, muestran que no necesariamente todos los monjes deben pasar por la vida cenobítica para luego hacerse ermitaños (recordar el caso de Pacomio, quien, al igual que Benito, siguió el camino inverso). La RB muestra una cierta desconfianza por una iniciación inmediata en los caminos de la vida eremítica. Ello muy bien puede ser un fruto de la experiencia y madurez de su autor, e incluso una señal del monacato occidental, pero no puede negarse que se presenta una novedad en relación a la situación previa que habían vivido el monacato y sus principales figuras (Antonio, Pacomio, Martín).

Mucho más obscura y negativa es la descripción de los otros dos géneros de monjes (vv. 6-12). Y aquí debe apuntarse que los sarabaítas presentados son una caricatura, que ninguna relación parece guardar con los relatos que leemos en los *Apotegmas*, donde tantas veces hallamos a un padre espiritual viviendo junto a uno o dos discípulos en santa comunión. Nuevamente estamos ante un anacronismo: la RB se queda solo con los casos negativos que, sin duda, nunca faltan en todo tipo de vida cristiana, pero no pueden tomarse como único criterio válido para condenar en bloque una forma de vida que fue bastante frecuente entre los Padres del desierto.

El caso de los giróvagos es extremo. Estos no son realmente monjes sino simuladores, que aprovechan las posibilidades de la tonsura o compromiso monástico para vivir cómodamente. Más nuevamente puede aducirse que no necesariamente todo monje que peregrina es un siempre errante y nunca estable (RB 1,11).

Leer el presente capítulo desde una perspectiva histórica, en el sentido de pensar que Benito nos ofrece aquí una caracterización de los monjes de su tiempo, es no solo errado sino también muy peligroso. Esto se ha hecho con frecuencia en Occidente, provocando así no pocos trastornos a la vida monástica, y limitando sus amplísimas posibilidades. Una lectura atenta de las fuentes a nuestra disposición, sobre la historia del monacato primitivo nos muestra, aun sin negar tantas desviaciones reales, que la presentación de Benito dista mucho de ser objetiva. ¿Por qué?. Pues porque la RB en este capítulo incurre en una gran simplificación, que se pone de manifiesto ya en el v. 1 (la RB desconoce absolutamente las formas de vida monásticas de Palestina y Siria), destinada a resaltar la importancia y conveniencia de la *vida cenobítica*. Ella es por cierto la mejor para la mayoría de los candidatos occidentales. Esto lo vio claramente Benito, y ya antes de él san Agustín; motivo por el cual no vaciló en recomendarla, sin preocuparse si para ello debía desprestigiar o sobresaltar otras formas de vida monástica.

El capítulo primero de nuestra *Regla* tiene una función muy neta en el conjunto de todo su desarrollo; valorizar la vida comunitaria, indicar a qué público ella se dirige, eliminar todo posible malentendido sobre lo que en ella se va a establecer.

Finalmente, debe destacarse el v. 2 de este capítulo. En el se da una clarísima definición de lo que san Benito entiende por *monje*:

- es *monasteriale*, o sea alguien que vive en un monasterio, y por ende debe ser estable (contra los giróvagos);
- es *comunitario* por definición (*cenobita*), por lo que se diferencia del ermitaño;
- es *obediente*, milita bajo una regla y un abad (contra los sarabaítas).

En la definición citada se aprecia que la elección de los tres otros géneros de monjes tiene una función neta: poner de relieve las virtudes de la vida cenobítica, hacer resaltar su valor específico. Además, queda claro que la tan mentada definición del monje que reza y trabaja (*ora et labora*) es una simplificación de la RB, no exenta de sus peligros. Para Benito el cenobita no es, en primer lugar, uno que ora y trabaja, sino el que viene al monasterio para quedarse en el, y aprender a obedecer a la regla, al abad y a la comunidad con la cual comparte su vida. De esta forma llegamos a la conclusión que el presente capítulo, bien interpretado, lejos de ofrecer una síntesis histórica del monacato da una descripción muy clara del cenobita. En los capítulos 2 a 7 principalmente, pero en toda la RB, irá apareciendo una y otra vez la enorme importancia que se otorga a los tres elementos enumerados:

1. obediencia(regla, abad)
2. estabilidad en el monasterio
3. vida en comunidad

Es fundamental leer toda la RB teniendo a la vista, continuamente, estos puntos. Así se podrá comprobar que el ideal del monje que se propone es el de Cristo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (cf. *Flp* 2,8). El trío humildad-obediencia-silencio se completa con un amor entrañable hacia el abad, la comunidad y el monasterio que se habita. Fácil será advertir que estos puntos se encuentran en la mayor parte de los capítulos de la RB, y la caracterizan por sobre toda otra consideración.

Evaluación del Capítulo 1º:

1) Género literario:

2) Mensaje central:

3) ¿Podemos decir que es una contribución a la historia del monacato cristiano, o debemos desecharlo como aporte a ella?:

4) ¿Qué es lo más importante de este capítulo?:

Apéndice

REGLA DE NUESTRO PADRE SAN BENITO

CAPÍTULO I

Los géneros de monjes

MADRE CÁNDIDA CYMBALISTA, OSB

1 Es sabido que hay cuatro clases de monjes.

Dentro de un mismo monasterio se pueden dar estos cuatro géneros de monjes. San Benito se refiere a dos estilos auténticos y dos estilos no auténticos.

2 La primera es la de los cenobitas, esto es, la de aquellos que viven en un monasterio y que militan bajo una regla y un abad

3 La segunda clase es la de los anacoretas o ermitaños, quienes, no en el fervor novicio de la vida religiosa, sino después de una larga probación en el monasterio, 4 aprendieron a pelear contra el diablo, enseñados por la ayuda de muchos. 5 Bien adiestrados en las filas de sus hermanos para la lucha solitaria del desierto, se sienten ya seguros sin el consuelo de otros, y son capaces de luchar con sólo su mano y su brazo, y con el auxilio de Dios, contra los vicios de la carne y de los pensamientos.

Históricamente los anacoretas están antes que los cenobitas. San Benito lo pone después como algo posible dentro de un proceso, parece tener mucho aprecio por los ermitaños. San Benito condiciona al anacoreta o ermitaño. El sabe que todo hombre tiene la tentación de huir de su contexto. Por eso condiciona este tipo de vida. Al mismo tiempo da las pautas de la vida comunitaria: la ayuda de la comunidad contra las tentaciones. **En la vida cenobítica se parte del auxilio ajeno, no sólo del superior sino también de los hermanos. La comunidad juega un papel importante: ayudar a la santificación.**

La *anacoresis* o el eremitismo no es, para san Benito, una vocación inicial sino que se da luego de un gran entrenamiento en la comunidad. San Benito habla desde una gran experiencia personal, por eso sabe discernir. En esto está implícito el papel de la comunidad en el hermano y su crecimiento de la virtud. **Todos tienen algo que ver en mi santidad y yo tengo algo que ver en la santidad de los otros.**

6 La tercera y sumamente detestable clase de monjes es la de los sarabaitas. Éstos no han sido probados como oro en el crisol por regla alguna en el magisterio de la experiencia, sino que, blandos como plomo, 7 guardan en sus obras fidelidad al mundo, y mienten a Dios con su tonsura. 8 Viven de dos en dos o de tres en tres, o también solos, sin pastor, reunidos, no en los apriscos del Señor sino en los suyos propios. Su ley es la satisfacción de sus gustos: 9 llaman santo a lo que se les ocurre o eligen, y consideran ilícito lo que no les gusta.

San Benito no se avergüenza en definirlos como detestables (*teterrimum*). Este término hoy no se usa. Su descripción es: “no han sido **probados** por Regla alguna”, no han observado ni vivido una Regla.

Para san Benito el cumplimiento y el estar bajo una Regla es fundamental para el monje. Desde el abad hasta el último monje deben observarla.

San Benito compara los géneros de monjes: el oro y el plomo. La observancia de la Regla nos purifica como oro en el crisol. San Benito compara el oro, un metal precioso purificado en el crisol de la Regla, con el buen monje. Pero los sarabaítas son comparados con el plomo. El plomo es simultáneamente muy blando y muy pesado, y no tiene valor.

10 La cuarta clase de monjes es la de los giróvagos, que se pasan la vida viviendo en diferentes provincias, hospedándose tres o cuatro días en distintos monasterios. 11 Siempre vagabundos, nunca permanecen estables. Son esclavos de sus deseos y de los placeres de la gula, y peores en todo que los sarabaítas. 12 De la misérrima vida de todos éstos, es mejor callar que hablar

13 Dejándolos, pues, de lado, vamos a organizar, con la ayuda del Señor, el fortísimo linaje de los cenobitas.

La Regla es sólo para los cenobitas. Estos cuatro estilos de monjes se pueden dar dentro de un monasterio cenobita, por eso debemos evitar ser ermitaños, sarabaítas o giróvagos, porque eso sería traicionar la Regla.

Se puede ser ermitaño dentro de una comunidad si uno se aísla. La gran tentación del cenobita es la soledad del ermitaño.